

# El problema de la experiencia mística y su expresión lingüística

Gustavo E. Romero

Al final de su *Tractatus logico-philosophicus*, Wittgenstein, famosamente, escribió que, cuando alcanzamos los límites de la filosofía y lo que se puede decir claramente y con sentido, debemos callar. No soy de los que admiran el libro del estafalario filósofo vienés devenido en filósofo del lenguaje, pero debo admitir que esa frase ha sido muy influyente. Sin embargo, no todos están dispuestos a callar. A lo largo de la historia y entre las culturas más diversas, siempre ha habido individuos que han sostenido tener una experiencia directa de lo divino. Estas experiencias pueden ser extremadamente diversas, yendo desde experiencias perceptivas hasta una supuesta unión con lo divino.

William James ha descrito y caracterizado en forma detallada las variedades de la experiencia religiosa. En esta breve nota, me interesa aquel tipo de experiencias que permiten a la persona que las experimenta utilizar el término “Dios” como un nombre, no como una descripción en su lenguaje. Estas experiencias en general van más allá de lo meramente perceptivo para adentrarse en un ámbito en el que el sujeto se ve “tomado” o “arrebatao” por una realidad superior con la cual, en algunos casos, puede llegar a fusionarse, perdiendo en forma temporaria su identidad personal para adquirir un punto de vista que trasciende lo empírico e incluso lo humano (ver James 1986).

Este tipo de experiencias, llamadas “místicas”, se presentan con notables similitudes en individuos excepcionales de las más variadas religiones (ver, por ejemplo, el estudio comparativo de Rudolf Otto 1932). A diferencia de otras experiencias que pueden ser descritas en términos sensoriales, como ser visiones, apariciones, voces, etc., las experiencias místicas son “inefables”, esto es, no susceptibles de descripción, utilizando el lenguaje ordinario o lenguajes artificiales interpretados cuya semántica requiera una clase de referencia que no incluya “lo divino”. En otras palabras, el problema que se plantea al místico es

cómo contar lo que ha experimentado a personas que jamás han tenido, ni probablemente tendrán, experiencias de esa clase.

Hay una diferencia esencial entre la situación del místico y la del científico que no puede explicar al lego sino con analogías de la vida cotidiana los lineamientos de alguna teoría compleja, como pueden ser la mecánica cuántica o la teoría general de la relatividad. Esa diferencia radica en que el científico no ha sufrido ninguna experiencia que, en principio, no sea accesible al lego. A nadie está vedado estudiar relatividad u otra teoría compleja, si tiene la posibilidad y el acceso a la información correspondiente. El científico no experimenta una realidad que es ajena al lego. Por supuesto, su conocimiento le permite percibir la realidad de otra forma, pero esa percepción es una posibilidad también para el lego.

La situación del místico se asemeja más a la de alguien que trata de explicar a un ciego de nacimiento los contrastes de color en una pintura o los que puede ofrecer un paisaje. Simplemente, no hay una base de experiencias comunes para que exista la comunicación. El color “rojo”, por ejemplo, que para el vidente es un nombre, para el ciego, en ausencia de una descripción en términos comprensibles sobre su experiencia, resulta “inefable”. Ahora bien, el ciego estaría cometiendo un error epistemológico si, a partir de ese carácter inefable, para él, del color, dedujera que la expresión “rojo” no corresponde a algo real. Es lícito, entonces, preguntarnos cuál es el valor epistemológico de las afirmaciones que realiza el místico sobre la existencia de Dios y de una realidad trascendente. ¿Qué es lo que nos justifica en aceptar como válido un enunciado y no otro? Nuestra justificación parece provenir de la posibilidad de contrastar el enunciado de alguna forma para establecer su valor de verdad. Si tenemos dudas sobre si algo es rojo o no, podemos realizar mediciones de la longitud de onda de la radiación electromagnética emitida por la cosa en cuestión y verificar el

color. Incluso un no vidente puede realizar estas mediciones, con instrumentación adecuada, y convenir en que cuando ciertos estándares se cumplen, algo califica como rojo.

¿Podemos establecer alguna forma de contrastar los enunciados del místico? Aquí enfrentamos un problema. Sin duda, podemos establecer si una persona ha tenido o no una experiencia mística con un cierto grado de seguridad. El problema reside, no en determinar si la experiencia ocurrió o no, sino si la significación que le da el sujeto que la vivió es correcta. Después de todo, de experiencias místicas se ha inferido la existencia del Dios cristiano, de Alá, de Jehová, del Nirvana, de Jesucristo, etc. La base de estas experiencias parece ser similar, pero la interpretación no es unívoca, sino que parece depender fuertemente del contexto cultural de la persona que la sufrió. Hasta donde sabemos, ningún místico musulmán ha experimentado una comunión con el Dios cristiano, o viceversa. Sí puede ocurrir, en cambio, que un no creyente tenga una experiencia mística y sufra una conversión (siendo quizás el arquetipo de esto san Pablo). Esto último parece ser atribuible tanto a la experiencia en sí como al contexto (es difícil imaginar una conversión de san Pablo al budismo, del cual seguramente no tenía noticias).

Podría concluirse, sin embargo, que de los elementos comunes a muchas de las experiencias místicas, más allá del contexto cultural, es posible inferir la existencia de una realidad que trasciende el orden empírico, o incluso la existencia de algún tipo de divinidad. Esto sería tal vez posible, si no existiesen también explicaciones naturales a los fenómenos místicos, por ejemplo en términos neurofisiológicos<sup>1</sup>. Si una explicación neurofisiológica es posible, entonces la inferencia sobre la existencia de lo sobrenatural sobre la base de la experiencia mística se debilita. Si aplicamos el principio de Occam de no suponer más existentes de los necesarios, a igual probabilidad, la inferencia sobrenatural se derrumba. Esto no es un obstáculo para el propio místico, que está convencido de la realidad de su experiencia, y muchas veces trata de transmitir su contenido.

1 El lector interesado puede consultar, entre la vasta bibliografía existente, la obra de d'Aquili y Newberg (1999), y el excelente estudio de Javier Álvarez (1997) sobre San Juan de la Cruz.

Pero, si el lenguaje falla en sus propiedades descriptivas para transmitir lo inefable, ¿qué herramientas pueden usarse para establecer una imagen de lo divino en la mente de quien no lo experimentó en forma directa? Escuchemos a san Juan de la Cruz:

*Yo no supe dónde entraba,  
Pero cuando allí me vi,  
Sin saber donde estaba,  
Grandes cosas entendí;  
No diré lo que sentí,  
Que me quede no sabiendo,  
Toda ciencia trascendiendo<sup>2</sup>.*

Juan de la Cruz sabe perfectamente del carácter intransferible de su experiencia. Sin embargo, realizará un esfuerzo extraordinario para forjar un lenguaje simbólico que le permita describir, aunque sea en sus formas más elementales, el viaje espiritual que ha realizado. Ese lenguaje es lo que podríamos llamar el “simbolismo de la noche y el amor”. Utilizando conceptos que son accesibles a quienes no han tenido experiencias místicas, conceptos como “noche”, “oscuridad”, y “amor”, Juan de la Cruz se propone la tarea inmensa de describir el proceso de la mística. En este proceso hay una serie de estados o “peldaños”, que debe ir recorriendo el iniciado. Los estados básicos son los siguientes<sup>3</sup>:

1) Un período de purificación activa en el cual el sujeto renuncia a los deseos por las cosas del mundo. Entiende la nada y la vanidad de todas las cosas.

2) Un período de purificación pasiva que ya no depende de la voluntad sino que es enviado por Dios para eliminar toda vanidad que aún pudiera subsistir en el sujeto.

Corresponde al aniquilamiento del “yo”, a la “noche oscura del alma”.

3) Finalmente, un período de unión amorosa o teopática con Dios. Es el éxtasis místico en el cual el sujeto desaparece en Dios; de alguna forma se funde con Dios, y, como Dios, vuelve a observar las criaturas y el mundo.

El éxtasis místico nunca es prolongado, dura apenas unas pocas horas, a lo sumo, del tiempo objetivo, aunque para el propio místico el tiempo deja de tener sentido en este estado.

2 De «Coplas sobre un éxtasis de alta contemplación», en San Juan de la Cruz (1991).

3 Ver Álvarez (1997) y Baruzi (2001).

El místico destruye toda la actividad consciente para dejar un vacío pavoroso que es llenado por Dios. A ese Dios no se lo puede conocer, como conocemos las cosas, pero se lo puede experimentar, y esa experiencia cambia para siempre al místico y a su percepción del mundo.

En san Juan de la Cruz, se da un “regreso” de la criatura a Dios. Al final, como dice Jean Baruzi (Baruzi 2001), Juan de la Cruz no ascenderá desde el mundo a Dios; descenderá de Dios al mundo. Veamos cómo nos describe su experiencia:

*En una noche oscura  
Con ansias en amores inflamada  
¡Oh dichosa ventura!  
Salí sin ser notada,  
Estando ya mi casa sosegada.  
A oscuras, y segura,  
Por la secreta escala disfrazada,  
¡Oh dichosa ventura!  
A oscuras, y en celada,  
Estando ya mi casa sosegada.  
En la noche dichosa,  
En secreto, que nadie me veía,  
  
Ni yo miraba cosa,  
Sin otra luz y guía,  
Sino la que en el corazón ardía.  
Aquesta me guiaba  
Más cierto que la luz del mediodía,  
A donde me esperaba,  
Quien yo bien me sabía,  
En parte donde nadie parecía.  
¡Oh noche, que guiaste!,  
¡Oh noche amable más que el alborada!,  
¡Oh noche que juntaste,  
Amado con amada,  
Amada en el Amado transformada!  
En mi pecho florido,  
Que entero para él sólo se guardaba,  
Allí quedó dormido,  
Y yo le regalaba,  
Y el ventalle de cedros aire daba.  
El aire de la almena,  
Cuando yo sus cabellos esparcía,  
Con su mano serena  
En mi cuello hería,*

*Y todos mis sentidos suspendía.  
Quedeme, y olvideme,  
El rostro recliné sobre el Amado;  
Cesó todo, y dejeme,  
Dejando mi cuidado  
Entre las azucenas olvidado<sup>4</sup>.*

Juan de la Cruz recurre a un lenguaje de extraordinaria belleza, a imágenes sencillas y puras, a la metáfora del amor, para describir el encuentro con la divinidad. Acaso no haya experiencia humana más intensa que la del amor, por eso Juan de la Cruz la elige para tratar de transmitirnos una experiencia sobrehumana:

*Cuán manso y amoroso  
Recuerdas en mi seno,  
Donde secretamente solo moras,  
Y en tu aspirar sabroso  
De bien y gloria lleno  
¡Cuán delicadamente me enamoras!<sup>5</sup>*

No hay duda que para Juan de la Cruz, como para muchos otros místicos, sus experiencias tienen el carácter de experiencias básicas, no analizables en términos de un lenguaje más básico. Para ellos, la pobreza de nuestro lenguaje, es decir, de nuestra visión del mundo, es esencial. Al leer sus palabras apasionadas, a veces, podemos sentirlo.

## Referencias

- Álvarez, Javier, *Mística y depresión: San Juan de la Cruz*. Madrid, Trotta, 1997.
- Baruzi, Jean, *San Juan de la Cruz y el problema de la experiencia mística*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2001.
- D'aquili, Eugene y NEWBERG, Andrew B., *The Mystical Mind: Probing the Biology of Religious Experience*. Minneapolis, Fortress Press, 1999.
- James, William, *Las variedades de la experiencia religiosa*. Buenos Aires, Hyspamérica, 1986. Vols. I y II.
- Otto, Rudolf, *Mysticism East and West*. New York, The Macmillan Company, 1932.
- San Juan de La Cruz, *Obras completas*. Madrid, BAC, 1991.

4 «Noche oscura», en San Juan de la Cruz, *Obras completas* (1991).

5 «Llama de amor viva», en San Juan de la Cruz, *Obras completas* (1991).